

## PRÓLOGO

Son ya muchos los años que he vivido rodeado de mujeres sufriendo la violencia por parte de sus parejas. Yo también la llamaría doméstica o intrafamiliar, dado que cuando tales conductas se producen las sufre sobre todo la mujer maltratada pero también cuantos la rodean y la quieren: los hijos, los padres, los amigos.

No me refiero solo a la agresividad física sino también a la psicológica que es mucho más sibilina, profunda y duradera.

Como hombre que rechaza tal comportamiento, como persona que es sensible al sufrimiento ajeno y como psicólogo que no entiende aún el porqué de tales conductas llevadas a cabo por un ser humano, decidí utilizar mi pobre capacidad de escritor casi novel, aunque muy decidido, para colaborar en la medida en que eso sea posible, a la denuncia del problema, sí, pero también y sobre todo, para ayudar a las chicas jóvenes a reconocer a tiempo a un posible futuro maltratador y tomen cuanto antes una decisión importantísima para su vida.

Es importante fijarse en el lenguaje, si es machista o no, en las actitudes y gestos humillantes hacia las mujeres, para cortar de inmediato una relación que, de lo contrario, puede llegar a convertirse en un infierno.

Y a los chicos, incluso adolescentes, para que aprendan a respetar a su pareja, si la tienen, y a todas las mujeres, lo que sin duda repercutirá en una relación de a dos más sana y feliz, y la de toda la familia.

Por eso he intentado que las descripciones y diálogos sean lo más verosímiles posible. Para ello he leído bastante acerca de este tema y excelentes personas me han aportado datos reales que me han servido para incluirlos en la obra y que el lector irá descubriendo a medida que vaya avanzando en su lectura.

Es muy posible que esos datos y situaciones, muchos, o todos los lectores, los hayan presenciado o incluso vivido cerca de ellos. A estos les puede ayudar para renovar su rechazo a tales conductas. Y los que tengan conocimiento de ello por primera vez, espero que de algo les sirva este relato.

Existen muchísimos libros técnicos sobre el tema de la violencia machista escritos por excelentes profesionales de la psiquiatría, de la psicología, de la sociología, o de otras ciencias. Yo se lo presento al lector en forma de novela porque me parecía que era una forma más amena y fácil de que cuantos me lean se informen sobre este gravísimo problema que venimos padeciendo desde hace siglos pero que últimamente parece haberse recrudecido a pesar de que hoy en día estamos más informados y sensibilizados sobre el mismo.

Con que sirva a uno solo de los lectores de esta humilde obra, me daré por satisfecho. ¡Ojalá no hubiese que escribir más libros, ni técnicos ni novelados, sobre un problema tan inhumano y grave como el que tratamos!

Por último, quiero señalar que he centrado mi relato en el maltrato a la mujer por parte de su pareja varón, pero eso no significa que niegue, o que no sea consciente, de que también existe el maltrato de la mujer hacia el hombre, así como en las parejas homosexuales. Pero los casos más numerosos me parece que son los del varón hacia la mujer, y por eso me he centrado más en ese tipo de violencia.

## ROBERT ADOLESCENTE

Amaneció el día con una ligera brisa otoñal que los habitantes de Navalasfuentes agradecieron después de haber soportado los sofocantes calores del verano.

-¿Dónde está Robert? -preguntó Mario, el padre de familia, con una voz altisonante.

Mario era un hombre de unos 55 años de edad, más bien bajito, con una perilla grisácea y una calva incipiente que reflejaba un brillo especial de su cuero cabelludo.

-Creo que ya se ha levantado -respondió la madre, Estefanía. Fany la llamaban en familia, todos menos su marido.

-Pues yo no lo veo por ningún lado y no debería llegar tarde al colegio.

-No te preocupes, que cuando vengan a buscarle sus amigos, estará listo para irse con ellos.

-Es que tú eres demasiado comprensiva con ese muchacho. Lo estás maleducando.

-Hasta ahora ha ido bien en sus estudios y se lleva estupendamente con sus amigos.

-Hasta que nos tengan que llamar del Centro para darnos alguna queja. No tienes que ser tan complaciente con él. Yo estoy trabajando y eres tú la que debes educarlo.

-Así lo he hecho hasta ahora y lo seguiré haciendo, no te preocupes. Pero tú también deberías preocuparte un poco más, es tan hijo tuyo como mío.

-¿Y quién trae el dinero a casa? ¿Quién os viste y os da de comer?

-¡Como si yo me tocara las narices todo el día!

Fany siempre se defendía cuando su marido la criticaba, pues estaba convencida de sus derechos no menores que los de su pareja.

Mario, al oír el agua de la ducha, se convenció de que Robert ya se había levantado y cogiendo su portafolios marrón con un asa plateada y las llaves del coche, fue hacia el garaje comunitario para dirigirse a la fábrica de zapatos que tenía a las afueras de Navasfuentes.

Roberto cursaba sus estudios de Secundaria en un colegio concertado dirigido por una comunidad religiosa.

Todos los días, su madre, Fany, mujer esbelta, con el pelo casi dorado, la tez pálida, buena mujer y excelente madre, tenía que luchar arduamente para que su hijo, al que llamaban cariñosamente Robert, se levantara a tiempo para asearse y desayunar antes de ir al colegio con sus tres amigos de toda la vida.

Ese día desayunó tostadas con Nocilla, un vaso de zumo de pomelo canario y una taza de leche con Cola Cao que le sabía a gloria bendita.

Mientras desayunaba vieron en la tele las primeras noticias del día que más bien eran las últimas de la víspera.

Ella se exaltó cuando oyó que un pederasta había abusado de unos niños pequeños.

-¡Madre mía, cómo puede haber gentes así! Espero que tú respetes siempre a las personas.

-Claro, mamá, ¡cómo puedes dudarlo!

-Nunca se sabe, hijo mío. Hoy no se puede poner la mano en el fuego por nadie. Varios políticos lo han hecho y se han quemado, y casi achicharrado, las dos manos.

-Mamá, yo no soy así.

-Y espero que nunca lo seas.

Robert era un chico de quince años, alto, como su hermano mayor Antonio, estilizado como su hermana Silvia y fuerte asemejándose a su padre. Robert tenía pocos amigos pues su carácter, a veces, no era fácil de comprender ni de soportar.

De repente sonó el timbre del portero automático. Eran sus amigos de paseo hasta el colegio. No hizo falta contestar. Robert y su madre ya entendían perfectamente lo que significaba dicha llamada. Sus amigos siempre lo esperaban, aunque el niño mimado de la familia fuera un poco perezoso y tardón. Los cuatro amigos se llevaban maravillosamente pues compartían muchas aficiones, aunque con distinta intensidad.

-¡Vamos Robert -dijo su amigo Alex-, que vamos a llegar tarde!

Alex era uno de tantos adolescentes con la barba incipiente y rala, morena como su cabello. Vestía pantalón vaquero azul, una camiseta roja con el escudo y la leyenda de la Universidad de Salamanca, y unas deportivas blancas marca Nike. Era buen amigo de sus amigos.

-Sois unos cansinos -se quejó Robert ante la llamada de atención de Alex.

-Tú sí que eres cansino -contestaron a la par Mara y Sebas.

Mientras caminaban por la acera con sus mochilas en bandolera o a la espalda, esquivando con dificultad a los viandantes que se encontraban, Robert tenía la costumbre de dar patadas a las latas vacías de refrescos que alguien había tirado por el suelo, y, a veces, disfrutaba asustando a las pacíficas palomas o tirando del rabo a los perros cuyos amos habían sacado a pasear. Estos comportamientos de Robert no les gustaban mucho a sus amigos Mara, Sebas y Alex. Mara estaba harta de decirle:

-¡Deja a los animales en paz que no te hacen nada malo!

-Tú eres una mojígata -respondió Robert.